

# Mi tu ciudad

## EN LA CIUDAD DE TOLEDO



Con esas mismas palabras comenzaba una vieja canción sefardita que hablaba del amor de un mancebo con doncella. Recuerdo haberlo oído hace ya muchos años en algún programa cultural de RNE. Por entonces no conocía la ciudad, sólo algunos de los nombres directamente relacionados con ella y que hoy, a años vista de aquel momento, han perdido todo su sentido. El patriotismo vano que la envolvía carecía de solidez. Me di cuenta cuando tuve oportunidad de vivir en ella. También descubrí otras cosas.

Descubrí que Toledo se marcha siempre de nuestros ojos, de nuestras manos, de nosotros mismo. De quien no puede huir, ni puede pretenderlo, es del río, uno de los pocos visitantes (acaso el único) que no es turista. Lo demás para ella y su carga de recelo son cámaras fotográficas, pantalones cortos, pieles bronceadas o por broncear, ojos rasgados y cabelleras rubias. Si antaño fueron los francos quienes ayudaron a la repoblación cristiana para compensar el desajuste entre la población, bogaño esto ya no cuenta y lo que se pretende es que el turista haga noche en la ciudad (Toledo, ciudad dormitorio del Turismo) y no regrese a la capital del reino.

Lo que no se plantean hombres y mujeres muchas veces es que puedan existir ciudades que no quieren entregarse al primero que aparece, abrirles sus puertas, por que Toledo aún las tiene de verdad, y darse a conocer, con todo lo que tienen dentro, así sin más. A Toledo sacarle algo cuesta mucho trabajo. Algunos han llegado hasta la extorsión y el engaño para sacarle algo. Toledo no da nada y todo lo acumula y guarda: Alfonso lo sabía muy bien. Tenía que conquistarla para morir en ella. Otro Alfonso también la entendió, pero eso es una historia para un momento distinto. Ahora lo que me interesa es el visitante o el viajero, si es que son lo mismo.



Torre de Santo Tome

Visitar Toledo es siempre una ilusión. Los siglos endurecen al caparazón de esta ciudad-queлонio que toma el sol despreocupada sobre las colinas. Una vez dentro de sus murallas es necesario llevar un insólito equipaje: un microscopio para observar el tiempo minuciosamente, un estatoscopio para auscultar las piedras y conocer sus ritmos y unos prismáticos para mirar con ellos al revés y ver las cosas grandes (tan grandes que dejan que su sentido se les pierda) en sus justas dimensiones. Hace falta también una sutil percepción para perderse por sus callejas y abandonarse a los trastornos y desvaríos de tiempos pasados hasta que algún perro mal intencionado devuelva traumáticamente a la realidad. Si la visita es en invierno aún nos hace falta algo más: fe para creer que la ciudad levita y se desplaza hacia las nubes.

El mito de Toledo, en fin, se desvanece de madrugada siempre a tiempo, siempre antes de que en Zocodover, o incluso en la estación ferroviaria, asome la primera Canon o la primera Mamiya, la marca no importa. Entonces Toledo se refugia y deja que las puertas de sus museos se abran: Pasen, señores, pasen y vean. Y es que a Toledo le pesan los siglos.

*Edmundo Comino Atienza.*